

Localiza nun mapa da Península Ibérica as cidades citadas por Lorenzo Silva nestas páxinas de *Castellano* (2021, Destino, paxs. 140-141e 144-145). Explica que importancia tiveron na denominada *reconquista* cristiá e cal foi o legado hispanomusulmán ao reino castelán-leonés.

lez, que tomó por la fuerza la plaza en el año 932 junto al rey Ramiro II de León, hiciera sonar aquí mismo sus espuelas, antes de saquearla, abandonarla y volverse a su feudo castellano.

Lo que hoy es la capital de España nació como una ciudadela de al-Ándalus. Para abastecerse de agua, dada la poca que le podía aportar el río Manzanares y el desnivel desfavorable para traerla, recurrió a un tipo de conducción subterránea desarrollado por los aqueménidas, que los árabes importaron de Persia y llamaron *mayrat*, cuyo plural dio la palabra Mayrit. Sobre aquellas galerías, donde se descubrieron los primeros huesos de mamut en la Península, se levantó una ciudadela que tras varios cambios de dueño se convirtió en villa castellana, pero atestigua sus orígenes con el nombre de su patrona —la Virgen de la Almudena, de *al-mudaina*, la ciudadela— y el resto de muralla árabe que perdura a un tiro de piedra de la estatua del conde. También aquí al lado se alza la torre mudéjar de la iglesia de San Nicolás, del siglo XIII, construida por albañiles árabes para sus dueños cristianos.

La promiscuidad con lo islámico de este pedazo de Castilla, hoy arrancado de ella para formar con él una comunidad aparte —aunque con el símbolo de Castilla y el rojo de su pendón en el escudo—, es sólo un caso de tantísimos. Me vienen a la memoria, mientras camino bajo el frío de esta tarde de diciembre, el nombre de aquella ciudad donde los servidores del emperador se estrellaron contra la resolución comunera —Medina—, el que llevó en sus primeros años de vida ese infante de Granada al que nombra-

ron presidente de la Comunidad de Valladolid —Nazar, hijo de Muley Hasán— y el de Zaida, la madre de aquel Sancho que estuvo a punto de ser el tercer rey castellano si no lo hubieran matado en Uclés los almorávides. Algo que hace a Castilla ser Castilla es este roce continuo con el sarraceno, al que los castellanos combaten y someten a tributo pero del que también se hacen a su vez tributarios —como García Fernández, hijo y sucesor del conde Fernán González, del gran califa al-Hakam—, o mercenarios —como el Cid del rey de la taifa zaragozana—, y nunca se niegan a aprender.

Y aprenden, porque en los siglos en los que se va haciendo Castilla, los del emirato y el califato cordobés y los de los reinos de taifas, en al-Ándalus viven, trabajan y enseñan los mejores médicos, los más eminentes filósofos, matemáticos y astrónomos, amén de una legión de poetas. En Mayrit, sin ir más lejos, pocos años después de que pase por aquí Fernán González, nace Maslama al-Mayriti, que adapta al meridiano de Córdoba las tablas astronómicas de al-Jwarizmi, logro difundido luego en latín por Adelardo de Bath, y traduce al árabe el hoy perdido planisferio de Tolomeo, que a su vez traslada al latín Hermann Dálmata. En cómo mira el cielo y en cómo se representa el mundo, Europa entera estará en deuda con ese árabe madrileño.

Un siglo después de Maslama, Rodrigo Díaz de Vivar ameniza sus días como señor de Valencia escuchando las historias de los antiguos campeones de Arabia y, según cuenta en su *Dajira* el historiador Ibn Bassam, queda fascinado por las hazañas de uno

zó las fuentes árabes de la *Comedia* de Dante Alighieri—, con coincidencias como la de establecer la noche —la *Noche oscura del alma*— como estadio inmediatamente anterior a la unión con la divinidad. Hay en la biografía de Ibn Arabi un rasgo que el tunecino Abdelwahab Meddeb destaca con fino instinto al hacer su semblanza: la deuda que reconoce con cuatro maestras. Una de ellas, Zainab al-Qal'iyya, según recuerda su discípulo, levitaba durante la meditación, como luego se contaría de Santa Teresa, aunque la sufi la superaba: si hay que creer a Ibn Arabi, se elevaba quince metros. Otra de sus mentoras, la sevillana Nuna Fátima bint ibn al-Mutana, le dijo que allí donde estuviera debía estar con toda su persona. Un talante que conviene a muchos de los personajes que ha dado Castilla, para bien y para mal: de la tierra donde nacieron y de ellos mismos.

Pienso en todas estas conexiones, que aunque suelen olvidarse no son, quizá, menos importantes que los hechos políticos y guerreros que llevaron, en los siglos en los que vivieron estos sabios andalusíes, a la hegemonía castellana. Después de que Alfonso VIII de Castilla se deshiciera de los almohades en las Navas de Tolosa en 1212 —junto a Pedro II de Aragón y Sancho VII de Navarra—, su nieto, Fernando III el Santo, reunificó definitivamente la corona castellana con la leonesa, se hizo con Sevilla y Murcia y dejó el islam peninsular reducido a poco más que el reino de Granada. Tienen ambos su estatua en los cercanos jardines de Sabatini, como Alfonso X el Sabio, el hijo de Fernando, que nació en Toledo y supo ver lo que valía su singular crisol de

culturas. A partir de él, pudo Castilla dedicarse a crear su épica y sus mitos, mientras repartía entre sus esforzados guerreros, los ancestros de sus futuros hidalgos, los pueblos y las tierras que habían sometido.

Y sin embargo, el islam seguía allí. Siempre ha asombrado la rapidez con la que se islamizó la Península, tras el desembarco en 711 de Táriq ibn Ziyad en la bahía de Algeciras. La explicación, que vale también para la veloz extensión del islam en otros territorios, es simple y tiene que ver con la astucia con que los seguidores de Mahoma trataban a los habitantes de los países de los que se adueñaban: podían seguir con su religión, pagando un impuesto razonable y aceptando tener unos derechos reducidos, o convertirse y librarse de la exacción y de las limitaciones. Tanto los que encontraban conveniente seguir con su culto como los que se convertían terminaban arabizados, por lo que la población que iba incorporando Castilla al expandirse, también los mozárabes, los cristianos que habían vivido bajo dominio musulmán, estaba intensamente imbuida de la cultura islámica, incluida la lengua que le servía de vehículo universal. Tanto si quedaban bajo dominio cristiano conservando su religión —los llamados mudéjares— como si se convertían —los moriscos—, los antiguos súbditos de al-Ándalus le daban a Castilla un factor cultural diferencial respecto de otros reinos cristianos o incluso peninsulares; así lo prueban las muchas palabras de origen árabe que acabaron incorporándose al léxico castellano. Tal es el caso de *alcabala*, *alcalde*, *alcoba* y tantísimas otras.